

Diciembre 6 1900

14009



LA PARISIEN

112

GRANDES SURTIDOS EN

ESTUFAS, BRASEROS Y CALORÍFEROS

Precio Fijo **Mechero "SOL"** Teléfono n.º 320
Batería de Cocina y Lámparas.

8, RAMBLA DE ESTUDIOS, 8.

LOS QUE VIAJAN hallarán mundos, balijas, maletas, sacos estuche con ventaja de precios. Duque de la Victoria, 15, esquina Canuda.

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva**, saldrá de este puerto, el día 9 del actual, á las diez de la mañana, el vapor español «Ciervana», capitán D. Joaquín Díaz, admitiendo carga y pasajeros.

Consignatario Sres. Busanya y C.ª plaza Medinaceli, 1, bajos.

NOTA.—Siendo día festivo el sábado, la carga se hará precisamente el viernes.

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Málaga y Cádiz**.—Saldrá de este puerto, el día 9 del actual, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasajeros, el vapor «Nuevo Valencia», capitán D. Silvestre Sanchez.

NOTA.—Siendo el sábado día festivo, la carga se efectuará el viernes.

Consignatario D. Santos Palomo, Paseo de Colon, número 6, bajos.

FRANCISCO SOLER Y ROVIROSA.

Don Francisco Soler y Rovirosa, el pintor escenógrafo cuya muerte reciente ha sido tan sentida, nació en Barcelona el año 1836, de una familia de comerciantes de esta plaza. El comercio era, pues, el camino que mas naturalmente abierto parecía ante sus pasos; pero su fuerte vocacion artística lo desdeñó y prefirió abrirse uno propio. Muy joven todavía dejó su casa, y en compañía de un amigo y hermano en aficiones, Ballester, fué á París á trabajar, á luchar por la vida dentro de su vocacion, que así quedó bien afirmada, afirmándose al mismo tiempo la independencia de carácter del joven Soler, que, desde que dejó su familia, no quiso vivir á costa de ella, sino que vivió en París de su trabajo.

Trabajó con los famosos escenógrafos Cambon y Thierry, viajó por las principales naciones europeas, y, al volver al cabo de años á Barcelona, el artista estaba ya formado y en disposición de desarrollar su talento á lo largo de su vida ante los ojos de las generaciones que alcanzara.

Nunca como ahora, en que la muerte fija intensamente nuestra atencion en él, habíamos imaginado de cuánto deleite ideal le somos deudores los que hemos contemplado sus obras.

¡Cuánto enriqueció Soler nuestra idealidad! Aquella gruta de «Las Perlas» en el *Don Carlo* de Verdi ¡cómo nos envolvía en el ensueño de lo maravilloso! ¿Y las magias? *Flama ó la hija del fuego*, la *Redoma encantada*, la *Magia Nueva* y tantas otras. ¡Cómo contemplábamos con la boca abierta aquellos reinos de la fantasía, con qué gritos de admiracion las rápidas mutaciones, con qué argentinas risotadas los trajes extraordinarios y los extravagantes monstruos que allí se movían!

Yo creo que las críticas de teatro en general deberían hacerlas los niños. Pero ¿qué? ¿no es por ventura el público, ese gran niño, el que hace allí los grandes éxitos por encima de todas las críticas? Y quizás si se estudiaran los grandes hombres de teatro—autores, actores, escenógrafos, etc.—, se encontraría que deben su gloria de tales á lo poco ó á lo mucho que conservaron de alma de niño: aquel sentido de lo plástico, de lo imprevisto, de lo sintético, de lo maravilloso

que es la esencia misma del teatro y que se encuentra, así en las obras de los grandes dramaturgos, como en las creaciones de los grandes comediantes y en las presentaciones de los grandes escenógrafos. Y aun en toda la gente de teatro en general, desde el empresario de profesion hasta el último tramoista, nos ha parecido muchas veces encontrar algo de infantil en el fondo de su carácter.

Al lado de esta clarividencia infantil de la realidad que poseen todos los hombres grandes de telon adentro, y que es ávidamente absorbida por el público de telon afuera, ¿qué significa la nimia verosimilitud, ni los anacronismos, ni las leyes de la estática ó la dinámica, ni todas las tesis y filosofías del mundo? ¡Arte maravilloso el del teatro, que es una especialidad aparte de todas las artes bellas al sintetizarlas alterándolas! ¡cuánta delicadeza perdida en él, y cuánta brucha gorda que se convierte en sublimidad! El hombre de teatro ve la realidad con ojos de niño y la pone en las tablas con una especie de atolondramiento que es una doble vista: la suya y la del público, la del efecto en las tablas. Y en ellas el público ve la realidad al través de todas las imperfecciones de la brucha gorda. Al través de ésta el público y la escena son niños que se comprenden y se procuran mutuamente el goce de la bella realidad desdeñando toda razon y toda teoría. ¡Arte maravilloso el del teatro! Arte de niños que solo saben ver. ¡Saben ver!...

Soler y Roviroza, en el trato particular, aun en sus últimos años en que le conocimos, mostraba mucho de niño. Aquella expansion y simpática arrogancia de la voz y en el gesto, aquella espresion imaginativa, aquella sensibilidad bulliciosa lo mismo en sus fáciles entusiasmos y enternecimientos que en sus superciliosos y pasajeros enojos, aquella bondad alegre en fin ¡cuán característicos eran! Era cosa de ver esta bondad en el trato con sus dependientes, con los obreros; la familiaridad paternal con que les estimulaba: como sabia reñirles sin ofenderles, y favorecerles cuanto podia sin humillarles.

Y aun con los extraños era *charmant* desde luego. Uno se acercaba á él por primera vez, temiendo quizás la tiesura de una presentacion, y apenas cruzadas cuatro palabras ya se sentia amigo suyo y cautivo de su conversacion. ¡Qué bien contaba, y cuántas cosas sabia interesantes, ó que él hacia interesantes por la vida que les daba al contarlas! Hasta en eso tenia algo de hombre de teatro, porque á veces con un gesto, con una transicion de voz, con una reticencia revelaba todo el carácter de una persona ó todo el color de una escena. De modo que por lo mucho que habia vivido y observado y por su arte en decirlo, era una crónica viviente de la Barcelona de sus tiempos, de los tiempos correctos de antes de la revolucion y de los tiempos del «Gavilan», de la *rua* y de los grandes carnavales de Barcelona.

A aquella generacion que sabia divertirse y trabajar, entusiasmarse por lo ideal sin descuidar lo material, á aquella generacion correcta, equilibrada, que no se afilió á otra escuela que á la del «buen gusto» y fué moderada en todo, perteneció Soler. Algo habia en él todavia de la generacion romántica, mas desequilibrada en su gran impulso, pero en nada niega la suya propia que fué la que sucedió á aquella: es un buen compañero de los Masriera, los Maspons, Bertran, Urgell, Miquel, etc.

Y así en las obras de Soler hay personalidad, pero tambien el aprovechado estudio de Ricquier, Cambon y los buenos modelos; hay fantasia, pero moderacion y destreza; no hay geniales atrevimientos, pero sí talento bien empleado, que gusta mas que arrebat.

Ese buen gusto en la moderacion y el estudio lo demostró Soler no solo en la escenografía teatral propiamente dicha, sino tambien como decorador en general. Mucho trabajó dirigiendo construcciones decorativas, arcos de triunfo en ocasiones de fiesta, organizando cabalgatas artísticas, disponiendo el arreglo de salones para grandes solemnidades, trazando figurines para bailes de trajes, empleándose, en fin, en cuanto significaba ornato; y cada vez que de eso se trataba en Barcelona, para fiestas públicas ó privadas, el primer pensamiento era acudir á Soler, á quien siempre se encontraba dispuesto á dar algo mas de su feliz inventiva, de modo que puede decirse que de treinta años á esta parte apenas ha habido para el público barcelonés alegría de los ojos dentro de la cual no palpitará en poco ó en mucho el alma alegre de Soler y Roviroza.

Ahora, pues, que esta alma ha alzado el vuelo infinito, cuantos gozamos en